

# GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

## Advertencia.

En el próximo mes de Marzo vamos á dar un número extraordinario de mayor número de páginas que los habituales de GENTE VIEJA, conteniendo además, de los originales de costumbre, las contestaciones dadas á nuestro cuestionario que hemos recibido hasta 15 de Febrero, en que, con arreglo al Concurso, se ha cerrado la admisión.

Como nunca hemos aumentado el precio de nuestros números, aunque hayan sido extraordinarios y con grabados, para que todos hallemos una compensación, los números del 20 y 28 de Febrero corriente, solo constarán de ocho páginas.

## CON CARETA

El Carnaval es mucho más largo de lo que reza el calendario y las gentes creen.

Como que dura trescientos sesenta y un días, durante los cuales la humanidad disfraza sus sentimientos á cara descubierta.

La ficción dura todo el año, la realidad sólo cuatro días.

¿Qué tendrá la verdad que sólo puede decirse anónima?

O los hombres no se atreven á decirla, ó es de tal naturaleza, que nos repugna escucharla.

Y, sin embargo, todos convenimos en que la verdad es sumamente hermosa.

Sólo que, en punto á verdades, hallamos hermosísimas las que se refieren á nuestro prójimo, y por las que vemos sus defectos.

¿Pero quién se arriesga á decirlas?

Nadie.

Tan esto es así, que en la vida real el hombre encolerizado, y cuando ya la pasión ciega sus intelectuales facultades, en el paroxismo del furor, dice como la mayor de las amenazas:

—Veré á Fulano, y le diré las verdades.

De forma que la verdad es la mayor amenaza posible, y que sólo con la razón ofuscada por la ira suele emplearse.

Saquen ustedes las consecuencias de estas afirmaciones.

Yo no me atrevo.

\*\*

Soñaba yo una noche que la Providencia había determinado, en sus sabios designios, que en el momento que cada hombre dijese una mentira, brotase en su rostro una diminuta pinta encarnada; y que por cada diez faltas á la verdad que cometiese la mujer, otra pinta encarnada apareciese en su semblante.

Salí á la calle. Todos los hombres parecían atacados de viruelas en el período álgido: las mujeres habían perdido su fisonomía: parecían cangrejos cocidos.

Al despertar y al mirarme al espejo, viéndome como todos los días, conocí que mi sueño era una mentira.

\*\*

Hay un sitio en el paseo del Prado por donde no se deja cruzar sino á las máscaras.

Un amigo mío pasó por él sin disfraz. Los guardias de Orden público creyeron que era postiza su nariz. Para juzgar de la longitud de ésta, hay que advertir que antes había querido pasar sin nariz postiza otra persona y la autoridad se lo impidió.

Creía que era natural esta nariz.

El Carnaval es la época del año que las feas aprovechan para que desaparezcan sus imperfecciones. He desconfiado siempre de las máscaras. No he podido creer nunca que detrás de una careta horrible haya una cara bonita de mujer.

Yo he convidado á cenar en un baile de máscaras á una que tenía careta de perro.

Nos trajeron un pollo, y empezó comiéndose los huesos.

Cuando pude conseguir que se descubriese, la supliqué que se pusiera otra vez la careta.

Sólo así recobré la ilusión; había mejorado.

El Carnaval, dije suspirando, es la verdad embellecida.

Los osos, que tanto abundaban en los Carnavales anteriores, van desapareciendo poco á poco. ¿Por quién se pierde ese traje tan apropiado á la forma de la mayor parte de los hombres?

Permítaseme recordar un hecho que ocurrió en el Prado de Madrid en el año de 1785, y que se registra en el archivo de la Academia de la Historia.

Una máscara disfrazada de oso, hostigada por los muchachos, hirió gravemente á tres ó cuatro. La gente persiguió al culpable, y sólo después de mucho trabajo pudieron amarrarle.

Cuando quisieron arrancarle la careta, los alguaciles retrocedieron con espanto.

Era un oso de verdad.

\*\*

Pero, puesto que el Carnaval es la época de decir verdades, yo no sé por qué no ha extendido su imperio á todas las esferas sociales y políticas.

Una mascarada en el Salón de Conferencias sería deliciosa.

Una sesión de máscaras, el ideal de la verdad.

Seguramente, con careta los hombres políticos dirían muchas cosas que no se atreven á decir á cara descubierta.

En la vida doméstica, el yerno, con careta, y sin peligro de ser conocido por su suegra, había seguramente de tener un lenguaje bien distinto del ordinario.

No cabe, pues, duda.

Disfrazarse no es vestirse de máscara, sino quitarse la careta.

La que todo el año se muestra austera y devota y rígida, y bajo el capuchón se hace insinuante, y coquetea en la Comedia ó en el Real, se pone un antifaz para quitarse la careta.

Cuántas mentiras se dicen, sabiendo el que las dice que lo son, no creyéndolas los que las escuchan y teniendo además el autor de ellas el perfecto conocimiento de que no es creído. Y, sin embargo, todos asienten y se dan por satisfechos.

A esto, en el Carnaval de los trescientos sesenta y un días, se llama *guardar las formas*.

El Carnaval de los cuatro días entiende que es mentir.

\*\*

Después de todo, por algo han dicho los poetas «verdades amargas, mentiras dulces.»

Apresurémonos, pues, á pasar estos cuatro días de verdades, y volvamos desde el jueves próximo á mentir á cara descubierta; y puesto que estos son días de verdad, siquiera para despuntar el vicio, séame permitido, para terminar, contar á ustedes el sucedido de los tres embusteros.

Reuniéronse en Carnaval alrededor de la mesa de un café.

—Vamos á ver—dijo uno—quién improvisa la mayor mentira.

—Yo no he mentido nunca—exclamó uno de ellos.

—Buena es, buena—le decían sus compañeros dándole golpecitos en la espalda.

Yo no sé mentir—añadió el que primero había hablado.

—Lo que estos dos caballeros han dicho es la pura verdad—interrumpió con viveza el que hasta entonces había callado.

JUAN VALERO DE TORNOS.

## CARTA ABIERTA

A un escritor eminente, según dicen sus amigos, aunque la tal eminencia francamente, no la he visto.

Como aquí quien no se alaba no vale ni dos cominos, voy á comenzar la epístola alabándome á mí mismo. Tengo la rara manía de tratar algo los libros; conozco el idioma un poco, y con todo, amigo mío, las cosas que usted escribe ¡me hacen pegar cada brinco! Me hacen ir al Diccionario, entre asombrado y corrido, á ver lo que significan esos vocablos *novísimos* que usted lanza en lo que escribe, para subrayar su estilo; y me encuentro con que muchos se usaban hace ya siglos, otros cuantos son sinónimos de los que hay más conocidos, de aquellos que se distinguen por sonoros y castizos, mientras estos que usted saca ¡son tan cursis! ¡tan ridículos! Y para fin de mis penas y aumento de mis martirios, varios no he podido hallarles porque no supo escribirlos: Si usted quiere hacerse *célebre*, siga por ese camino.

Comprendo que los estetas, es decir, los femeninos, le admiren y hasta le adoren: es natural y debido; pero los demás se ríen tanto como yo me río. Vamos, y si hubiera ideas.... ¡pero escribir desatinos en un lenguaje ampuloso, anticuado, retorcido! Me le supongo escribiendo: sobre una mesa de pino varias cuartillas; al lado un Diccionario, hecho cisco en fuerza de torturarle; usted sentado, abstraído: en una mano la pluma, en otra mano el pitillo; en la cara contracciones revelando el dolor físico de un parto que no entra nunca en el período expulsivo, y al fin, cansado, anhelante, se mete en el laberinto del Diccionario y escribe, á impulsos del paroxismo, y ¡salen esos engendros y usted se queda tranquilo! Ya basta: á *topa tolandro* y de *proprio Marte* escribo esta epístola, atendiendo á los ruegos de un amigo. Reciba usted el *pistrage* con que le obsequio. Terminó brindándole los vocablos que al azar he recogido.

AGUSTÍN FERNANDO DE LA SERNA

## EL COCHE SIMÓN

HISTORIA DE UN DÍA DE CARNAVAL

### I

Los fieles servidores del Ilmo. Sr. D. Tomás Bernáldez recibieron la noticia con estupefacción; la señora Felicitas, antigua ama de llaves, creyó cumplir un deber de conciencia indicando los peligros de la aventura; pero D. Tomás no quiso escuchar á nadie, y engullendo apresuradamente el cotidiano almuerzo, hizo vestirse un magnífico dominó de raso verde que él mismo alquilara en casa de Serra, y cubierto el rostro con una careta negra, lanzóse á la calle; el ama de gobierno, la cocinera y el ayuda de cámara, asomados á un balcón, le vieron calle del Barquillo abajo ir á engrosar el río humano que se encaminaba al Retiro.

—Increíble parece—base diciendo Bernáldez;—el extremo de locura á que me ha traído esa infernal mujer y la facilidad con que he olvidado los respetos que á mi persona y situación en el mundo debiera guardar. ¡A mis años correr vestido de mamarracho, confundido con toda esta canalla, exponiéndome á la vergüenza y el ridículo si alguien llega á conocerme! ¡Todo lo puede el amor! y amor furioso es el mío, y ella lo ha de saber y atropellaré por todo con tal de conseguir mi propósito.... aunque el escándalo lleve á los oídos del marido la noticia. Mañana, sin embargo, iré á sentarme entre mis compañeros de Sala.... ¡horror! ¡yo juzgando! yo, que si la justicia no fuera cosa de broma, debiera verme sometido á un tribunal que presidiera el marido á quien voy resuelto á ofender.... ¿Y por qué he de ser yo una excepción? ¿No habrá por aquí algunas docenas de personas graves á quienes las circunstancias obliguen, como á mí, á emplear recursos como éste? ¿Quién me asegura que bajo el disfraz de ese diablo rabilargo y saltarín no se oculta el ministro de Gracia y Justicia ó el fiscal de lo Contencioso?....

En un grupo de curiosos, viéndole pasar, dijeron:

—¡Esta máscara va hablando sola!....

Bernaldez lo oyó, y azoradísimo apretó el paso, sin-

tiendo que se ruborizaba como si fueran á pronunciar su nombre; instintivamente se llevó la mano á la cara, y, tropezando con la careta, acabó por tranquilizarse.

Una hora larga de minuciosas pesquisas costóle á don Tomás hallar lo que buscaba; mil veces perdió la calma, y á pique estuvo otras tantas de ser atropellado por la avalancha de coches, máscaras y carrozas que en inextricable laberinto llenaban el paseo; escurriase con agilidad extraordinaria por entre las ruedas, esquivaba las pesadas caricias de los caballos, y guardando un admirable silencio y sin perder la compostura y modales de hombre grave, escudriñó uno por uno cuantos carruajes pasaron ante su vista.

Por fin, un rugido de alegría escapósele del pecho; ¡ya tenía lo que buscaba! y sin vacilar un instante asaltó un landó, desde el que presenciaban el espectáculo, medio ocultas por un océano de serpentinatas, papelillos y flores, dos mujeres, con cara de aburrimiento la una, escuchando con amable sonrisa la otra lo que al oído le decía un pierrot tumbado sobre la recogida capota del coche.

La actitud de la máscara, y el íntimo diálogo que sostenía con la dueña de sus pensamientos, dejaron al pobre Bernáldez un tanto cortado; permaneció rígido sobre el estribo sin romper á hablar, y oyó lo siguiente:

—¿Es posible, Julia—decía el pierrot—que no me hayas reconocido?

—No te sorprenda, ¡soy tan torpe!....

—¿Ni aun después de las señas que te he dado de mí?

—Es imposible acordarse de todos los que le hacen á una el amor.

—Ninguno habrás conocido como yo. El más rendido, el más firme, el que más locuras ha hecho por ti, ¡ese soy yo!

—¡Bah! Cada uno dice otro tanto; hasta ahora, en nada te distingues de los demás. Y no te canses, que yo no acertaré quién eres. Si tanto interés tienes en que yo sepa tu nombre, me parece mejor que tú mismo me lo digas; no me gustan los acertijos.

—No me atrevo á descubrirme.

—¿Por qué?

—¡Porque ese mascarón que ha subido al coche y que nos mira tanto pudiera ser tu marido!

—¡Mi marido! ¡Qué idea! Y aunque fuese, no se molestaría porque me dices bromas en Carnaval.

—Es que nada de lo que te he dicho es broma.

—Bueno, pues tanto mejor; quitate la careta ó dime cómo te llamas, que soy atrozmente curiosa. Y no tengas cuidado, que ese de lo verde no es mi marido.

—Pues escúchalo sin que lo oigan.... y acercándose, murmuró un nombre al oído de la hermosa.

¡Tú!.... ¡Quién menos me podía figurar!....

Hubo un silencio; Julia parecía absorta contemplando la batalla empeñada con extraordinario furor entre los que ocupaban las tribunas y los coches y las máscaras de á pie.

Bernaldez decía para su dominio: ¡Lucido papel estoy haciendo! ¿Para esto me he disfrazado yo? Soy un hombre cobarde; después de emplear procedimientos indignos de mí, no me atrevo á llegar hasta el fin. ¿No he venido resuelto á decirselo todo? ¿Y por qué no se lo digo, señor? ¿Por qué consiento que ese tipo esté ahí haciéndole el amor con tanto descaro? No sé qué pensarán de mí. Esta otra señora me mira con aire de asombro y de curiosidad. ¡Es claro! no habrá otro como yo en tado el Retiro. De buena gana se lo contaba todo. ¡Tomás, Tomás, para esto has arrastrado tu toga!....

Y haciendo un esfuerzo atrevióse á cambiar de postura, sentándose en el borde del coche exhalando un ¡aah! de satisfacción; tanto tiempo de pie en el reducido espacio del estribo y haciendo quiebras para que las ruedas de los demás coches no le rompieran las piernas, le tenían molido. Pero su desairada situación no varió; continuó devorando en silencio su rabia y su vergüenza, mientras Julia y el pierrot secretaban, interrumpiendo á veces su conversación con risas que á don Tomás le sacaban de quicio.

La fiesta comenzaba á decaer al acercarse la noche; una avalancha inmensa se dirigía á ganar las puertas que dan á la calle de Alcalá, y los hombres, los caba-

llos y los coches marchaban sobre una alfombra espesísima de papel que tapizaba el suelo; millares de luces se encendían y la multitud que se retiraba apresurábase á dar la última broma, á reiterar las despedidas y las citas para los bailes de la noche.

El coche de Julia rodaba velozmente calle de Alcalá abajo, sintiendo Bernáldez que la jornada concluía y que él tendría que volver á su casa sin adelantar en su empeño. Un templado vientecillo, precursor de la primavera, inflamaba los hachones de las carrozas, alumbrando con fantásticos reflejos el desfile. El estruendo y la alegría rebosantes contristaron al magistrado, que, maldiciendo de su suerte, se dispuso á la retirada; una vez más puso su atención en las que ocupaban el coche y sorprendió algunas palabras.

—En el baile del Círculo podremos vernos—decía el pierrot.

La contestación no la oyó Bernáldez.

Detúvose el carruaje, y apeándose las dos señoras entraron en el portal próximo; las dos máscaras dejaron también sus puestos y frente á frente se contemplaron un instante con rencorosa envidia por parte de D. Tomás, con curiosa extrañeza por parte del pierrot, partiendo después en direcciones opuestas. Ninguno de las dos se había quitado la careta.

### II

A la una de la madrugada estaba el Teatro Real de bote en bote. Un río humano forcejeaba por entrar en el salón contrarrestando el empuje de los que salían, estrujándose, avanzando dos pasos para retroceder tres, comenzando cien veces á subir los escalones que del foyer conducen á la sala, para bajarlos otras tantas en volandas, arrastrado; grupos de amigos se disolvían y desmenuzaban sin conseguir volver á reunirse; algunas señoras se quejaban como si estuvieran á punto de ahogarse. Del interior de la sala venía un estrépito de voces, risas y acordes de la orquesta, que aturdió, avivando en los que llegaban el ansia de lanzarse en el torbellino. Colocado prudentemente sobre el pedestal de un candelabro, dominaba Bernáldez la muchedumbre que iba llegando, y al acercarse á tomar la escalera quería adivinar el rostro de cada una de las mujeres que pasaban cerca de él. Disfrazada de mariposa presentóse Julia en el foyer; tan escaso era su vestido, que á Bernáldez no le fué difícil reconocerla; y abandonando su puesto de observación, fué á reunirse con la hermosa, facilitándole á fuerza de puños la entrada en el salón.

Depuesto todo temor, y como vengándose de sus vacilaciones y timideces de la tarde, dióse á conocer como la máscara verde que en el Retiro la había hecho muda compañita; y á través de las burlas que Julia supo hacerle sobre su ridícula conducta, condujo hábilmente la conversación, insinuándose primero con cierta cortedad y disparando al fin una elocuente y fogosísima declaración de amor.

Cómo se las compuso Bernáldez, no se sabe; pero se puede sospechar que él debía de ser extremado en el difícil arte de ablandar el corazón femenino, ó que Julia era de condición muy tierna y enamoradiza, porque una hora después galán y dama hallábanse en el restaurant, dispuestos á celebrar con una cena el doble triunfo del magistrado sobre su gentilísima compañera y sobre el pierrot.

—Mientras tú dispones el *menú*,—díjole Julia á don Tomás,—voy un momento á la sala....

—¡Cómo! ¿Ahora te vas? ¿Qué tienes que hacer allí?....

—¡Chist! no te alborotes; avisar á la que ha venido conmigo para que no me espere.

—¿Y no puedes dejarlo para más tarde? ¿O es que quieres darme esquinazo?

—No seas simple; si quisiera marcharme, no inventaría ningún pretexto; espérame aquí, que vuelvo pronto.

Y dejando á Bernáldez receloso y un tanto corrido, se escabulló entre la concurrencia.

Nuevamente en la sala, registró «nuestra heroína» con la vista las plateas una por una, y acercándose á la más próxima al escenario, tiró de los faldones del frac á uno de los que la ocupaban. Volvióse el caba-

llero, y, no obstante el antifaz de Julia, conocióla al punto; de un salto pasó él desde la platea al patio, y tomando por el brazo a la enmascarada, comenzó a quejarse de su falta de puntualidad; pero ella le atajó rápidamente.

—Calla y ten un poco de prudencia: no podemos estar juntos; mi marido está ahí con unos amigos, y puede reconocermelo.... Yo me voy ahora mismo.

—¿Que te vas? ¿Y porqué está ahí tu marido? Maldito lo que me importa tu señor marido.... También él estará divirtiéndose....

—Si á ti nó te importa, á mí sí. No me comprometas; un escándalo aquí sería terrible. Otro día nos veremos.

—De ningún modo; si te vas, vámonos juntos.

Julia se resistía; por fin accedió, pero saldrían separados, yéndose á Fornos: «un rato nada más—decía ella.—no sea que á mi marido le dé por ser formal y vaya á casa antes de amanecer.»

—Ya que te empeñas, saldré yo primero—dijo el galán;—tomaré un coche y te esperaré en la puerta....

—No, en la puerta no; pueden verme subir.... Espérame donde haya poca gente.... otro sitio....

—¡Cuanta precaución! ¿Es que el mascarón verde de esta tarde era tu marido? Bueno, diré al cochero que se coloque.... ¿Dónde, diablos?... En la entrada la calle de Bailén.... ¿te parece buen sitio?

—Sí....; ten prevenido el cochero para que en cuanto yo llegue eche á andar.... ¡Ah! ¿Y si hay otros coches en aquel sitio?

—¡Mujer!.... ¿No me verás á mí? ¡Cuánta niñería!

—Niñerías, ¿eh? Por si acaso bueno será preparar una señal.... si quieres.... por el pañuelo asomando á una ventanilla.... así no me equivocaré.

—Se pondrá el pañuelo. Tienes aire de conspiradora.

Con nuevas recomendaciones de puntualidad y sigilo, y prometiendo Julia salir inmediatamente, se separaron.

Entre tanto Bernáldez, después de componer una cena espléndida, en la que arriesgaba la paga de un mes, aguardaba pacientemente la vuelta de su amiga leyendo un periódico. Repetidas veces levantó la vista queriendo ver llegar á Julia, y otras tantas volvió á su lectura inquietísimo por la tardanza. Enterándose estaba de las últimas declaraciones del Ministro de la Gobernación, cuando un camarero del restaurant acercóse y sonriendo con malicia le dijo:

—Señorito.... esa señora que estuvo aquí con usted, me envía para que le diga que no puede venir á cenar....

Al oírlo púsose de pie Bernáldez, y rojo de cólera exclamó:

—¡Estúpido! ¿qué estás ahí diciendo? ¿Que no puede venir á cenar?....

—Señorito, no se enfade usted conmigo, que yo no tengo la culpa.... Además, me encargó que le diese esto.... dice que para recuerdo....

Y entregando al atónito D. Tomás un precioso *carpet* del baile, se alejó el camarero.

### III

Fuera del teatro la noche era crudísima. Caía una lluvia menuda y helada; el vientecillo de la madrugada venía del Guadarrama, penetrando hasta los huesos.

Por frente á la Plaza de la Armería, como viniendo del viaducto, cruzaba un hombre alzado el cuello del gaban, tapándose boca y nariz con un pañuelo y recibiendo impávido la lluvia que le estropeaba lastimosamente el sombrero de copa.

—Esto tiene todas las trazas de una burla indigna—decía en voz fuerte y malhumorado;—¿cuántas esquinas tiene la calle de Bailén? Y yo habré comenzado por la última, de seguro.... ¡Maldita sea mi suerte!

Al entrar en la Plaza de Oriente metióse en un inmenso charco; toda la calle era un mar de fango, batido por el paso de los carruajes. Salpicado de barro hasta la cintura llegó el transeunte hasta el centro de la plaza, y desde allí miró en todas direcciones.

—Tampoco veo nada; ni coche ni diablo. ¿Tendré que llegar hasta San Marcial?

Una ráfaga de viento llevóle la chistera, que rodó por el suelo, yendo á detenerse junto al pedestal de Recesvinto. Recogióla pacientemente su dueño y continuó su viaje. Un grito de júbilo escapósele del pecho; el corazón le daba terribles saltos, y olvidándose de tanta contrariedad del frío, de la lluvia, de la ropa estropeada y de la pulmonía probable, apretó el paso diciendo:

—¡Por fin, allí está! ¡Perdóname Julia, si he dudado!....

Junto al Ministerio de Marina había un simón parado; un farol próximo alumbraba al cochero y al caballo, ambos cabizbajos, dormidos tal vez, aguantando el temporal inmóviles como las estatuas que tenían enfrente; de la piel reluciente del jamelgo exhalábase un vapor intenso que el gas iluminaba con sus reflejos. Por una de las ventanillas, destacándose sobre lo negro del coche, asomaba un pañuelo blanco.

El desconocido metióse rápidamente en el carruaje, cerrando la portezuela con violencia. Al ruido pareció despertar el cochero, que fustigó al caballo partiendo al trote.

No habían recorrido veinte pasos, cuando el auriga creyó sentir voces en el interior del vehículo y volvió la cabeza; en el mismo instante el cristal delantero saltaba en mil pedazos; oíase el ruido de una violenta lucha entablada en la estrecha cárcel del simón, hasta que, parado éste, abrióse una de sus puertas y de él salieron golpeándose con extraordinaria furia dos hombres que, enzarzados, rodaban por el suelo.

Acudieron los guardias, el sereno y algunos trasnochadores rezagados; entre todos pudieron separar á los contendientes y conducirlos á la delegación. En ella fueron reconocidos é interrogados; el más joven resultó ser un joven *sportman*, conocido por sus aventuras amorosas; el otro dijo ser y llamarse el Ilmo. Sr. Don Tomás Bernáldez.... Registrados con escrupulosidad, no se le halló arma ninguna; solamente en el bolsillo del frac de Bernáldez encontróse un *carpet* de baile, en el que una mano femenina trazara rápidamente las siguientes líneas:

«Imposible cenar aquí; mi marido está en el baile. Te espero en la esquina de la calle de Bailén, en un coche que tendrá un pañuelo blanco en la ventanilla. El cochero estará advertido y nos llevará á Fornos.—J.»

SALVADOR RODRIGO

## Un Sí natural

Á UNA JOVEN CASADERA MUY RICA

A ti, venusta doncella,  
yo, aunque vetusto doncello,  
dirijo, porque me encantas,  
mi atrevido pensamiento.  
Anteanoche me dijiste,  
no sé si en broma ó en serio,  
que era una pella de nieve  
tu corazón; que está yerto.  
Como de fuego es el mío,  
sé dócil, y allá veremos,  
si al fuego apaga la nieve,  
ó si la derrite el fuego.  
Fíjate, sin prejuicios,  
en mi estampa. Yo no creo  
que puedas decir que son  
mis atractivos añejos,  
sin ser injusta. Cabeza:  
abultada con exceso;  
es una especie de olla  
de Alcorcón; no es un puchero,  
porque en este no cabría  
la cantidad de talento  
con que plugo á la natura  
dotarme. (Mi abuela ha muerto.)  
Boca: me faltan los dientes;  
en cambio, me sobra pelo,

porque de aquel que he tenido,  
un par de ovillos conservo.

Para bordar tus camisas,  
tus enaguas, tus pañuelos,  
hebras rubias como el oro,  
con los ovillos te ofrezco.

Así que la ciega noche  
despliegue su manto negro,  
cuenta, porque no es difícil  
la operación, los luceros  
de la bóveda celeste:

cuenta, y los dos que de menos  
resulten, no se han perdido,  
son los que en mi cara llevo,  
aunque, por estar en ella,  
sin sus prístinos reflejos;  
porque en ella palidecen  
hasta las luces del cielo;

lo prueba, que soy miope,  
y que sin gafas no veo.  
No obstante, me causaría  
hondo pesar el perderlos,  
porque dejaba de verte;  
nunca por quedarme ciego.

En los ojos y en la boca  
me he detenido *ex profeso*,  
porque estas son las dos partes  
del rostro que dan más juego:  
los ojos, procuradores;  
la boca, letrado experto;  
y así no hay pleito que pierda,  
cuando el amor anda en pleitos.  
Renuncio á ser *egotista*,

y pronto da fin mi *ego*.

Siempre lo oculto fué traje  
de lo precioso y modesto.

Nos da la naturaleza  
á puñados los ejemplos.

La plata y el oro en minas,  
¿cuyo filón nunca ve!  
Cubren túnicas nevadas  
los diamantes, y en los senos  
de las aguas, ricas perlas  
engordan que es un portento.

La fábrica racional  
entra en turno. Más cubierto  
que aquel humor cristalino,  
de varios humores centro,

donde los ojos se bañan,  
¿qué puede haber? No soy médico,  
y en materias anatómicas  
la palabra me reservo.

Sin embargo, que hay tejidos,  
que hay telas (y no va esto  
con los horteras), se puede,  
casi casi, dar por cierto.

¿Para qué? Para que cubran  
lo que tienen de más precio:  
las niñas, porque así impiden  
que, al descuido más pequeño,  
se pierdan por mal guardadas  
y se llore un contratiempo.

Como del cuello hacia abajo  
me oculta el traje que llevo,  
la descripción de mi estampa  
no debe pasar del cuello,

y así mi ropa es lo oculto  
con que se ocultan, á un tiempo,  
la plata, el oro y las perlas  
que dan realce á mi cuerpo.

Entras tú, tú, flor humana,  
de tan peregrino mérito,  
que, á pesar de su renombre,  
nunca pudo el arte griego  
tener para sus deidades  
tan acabado modelo.

Si tu hermosura está ociosa,  
¡pecas! ¡pecas! te lo advierto,  
porque el *crescite*.... del Génesis,  
es un divino precepto,  
y, si lo infringes, irás  
á los profundos infiernos.

De tal castigo te libras  
si ahuyentas ese despegue  
que prolonga mi esperanza  
y entretiene mi deseo.  
No tomes á mala parte  
mis corteses galanteos,  
ni digas que, con mis años,  
son frutos fuera de tiempo.  
Demostraciones briosas  
de cariño, siempre honesto,  
así que el juez y que el cura  
intervengan, darlas puedo.  
Los cuerpos sin pan no viven,  
ni las almas sin sosiego.  
Mientras tú no te decidas,  
me va á parecer que tengo  
las cuarenta y tres especies  
que hay de chinches, en mi lecho;  
que son de ortigas mis sábanas,  
y, dime, así ¿cómo duermo?  
Con tan sosegada tropa  
hierve mi sangre y reviento.  
Mi corazón y mis ojos  
pueden quedar satisfechos  
si me miras, y si brota  
de tus labios lo que anhelo,  
lo que aplaudiré infinito,  
un sí natural de pecho.  
En resumen: ¡que te adoro!  
y la verdad no secuestro,  
por ser, entre mis recursos,  
las arras que darte puedo:  
¡Que te adoro! Lo repito,  
más que á Julieta, Romeo,  
y más que á Isabel, Marsilla....  
no por ti; ¡por tu dinero!

JOSÉ MARÍA NOGUÉS.

#### CURIOSIDAD LITERARIA

### LA ETERNA PRIMAVERA<sup>1</sup>

El pensamiento, como la naturaleza, tiene sus primaveras. Aquel primer día de la humanidad, en que Dios tiñó los espacios con el primer rayo de su luz inmortal, se ha repetido en el tiempo. El primer capítulo del Génesis es como el amanecer de la humanidad. La tierra se mece palpitante de gozo en los espacios, recibiendo el aliento del Creador, como una flor de Mayo que abre su cáliz á las caricias del aura. Y después el génesis de las ideas nunca se pierde. Los poemas índicos son las primavera del arte. En sus páginas se ve amanecer la imaginación, y se siente la pura savia del frondoso árbol de la vida. Así esa primavera inmortal aun cubre con sus flores el sepulcro de todas las generaciones que han cruzado por Oriente. El Oriente es la primavera del mundo.

Después la idea humana arribó á otro mundo, al suelo de Grecia. Era aquella la transformación más hermosa del espíritu. ¿Quién era el Dios de aquella primavera que poblaba de genios los bosques, de dioses los arroyos y las celestes montañas? Era Homero. Los ecos de su lira se asemejaban al cantar de las brisas, que se levantan del archipiélago cargadas de aromas, y se mecen sobre el azahar, y las palmeras, y los mirtos. Homero es la primavera del arte occidental. De él nacieron los Esquillos y los Sófoles. La idea de la belleza humana, que por vez primera aparece en el arte, es su Helena, luna hermosísima de aquel sonriente cielo. Oero la humanidad, como el judío errante, no reposa ni un punto en su camino. Y amanece otra edad, cuya primera luz es Jesús, cuyas primeras flores son las almas de los mártires, que se pierden, como eterno aroma, en los cielos. Cuando el invierno del mundo antiguo, aquella sombría noche del imperio romano, rompía con el hielo de la muerte las estatuas de los dioses paganos, amanecía en el horizonte, al resplan-

dor de las hogueras del martirio, el cristianismo, florecimiento sublime de todas las ideas de todos los sabios del antiguo mundo.

Y el espíritu prosigue sufriendo las transformaciones, y nuevas primaveras vienen á cubrir de flores la humanidad. Dante, recogiendo en las nacaradas alas de su alma los átomos de oro de los mundos, es como la mariposa de aquel día de la Edad Media, en que la nueva savia del renacimiento latía ya bajo la corteza del viejo árbol del catolicismo. Virgilio es el ángel que se levanta de su gruta de Nápoles para traer en copa de oro clásica el rocío de la nueva primavera, que refleja como los colores del iris las almas del dulce Petrarca, el riente Bocaccio, el melancólico y audaz Tasso, Ariosto, la llorosa Arazzi y la mística Victoria.

Todo tiene en el mundo su primavera. Abelardo es en filosofía como el primer lirio que nace al soplo de la razón, y Descartes su primer florecimiento; como Rafael es la primera azucena del renacimiento en la pintura; como Colón arroja en los espacios una eterna primavera del mundo, que es la América; como Lope y Shakspeare serán siempre las primeras flores del teatro moderno; como la democracia es hoy la primavera de la inteligencia y del corazón de la humanidad.

EMILIO CASTELAR

## Concurso de GENTE VIEJA

### El modernismo.

Lema: *Modernismo. — Tontismo*

¿Qué es el modernismo? No lo sé; supongo que será un superlativo de moderno; ¡están ahora tan de moda esos superlativos, esos ismos: modernismo, naturalismo, altruismo (así llaman los filántropos con esa palabra fea á la hermosa caridad, voz tan dulce como la idea que representa!) Compadezco las orejas de los señores que inventan esas palabras, porque orejas deben tener y no oídos los que introducen esos neologismos (que así creo se llaman en la moderna jerga); mas todo está allá ellos, ó mejor dicho, allá la Academia de la Lengua; suya es la incumbencia; yo, por mi desgracia, no soy académico, ni espero llegar á inmortal; ¡cuánto gozaría yo ocupando alguno de aquellos sillones! ¡Cuánto envidia á la mayor parte de los que los han ocupado y á varios de los que los ocupan ahora, aunque no á todos, pues algunos parece que han entrado allí de contrabando! Y no señalo nombres, y no digo más; que al buen callar llaman Sancho, y al buen entendedor pocas palabras le bastan.

Si el modernismo significa, como creo, cosa muy moderna, no puede significar nada como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular, porque en arte no hay antiguo ni moderno, sino bello ó no bello. Es artista el que siente la belleza y la sabe expresar ó hacer sentir á los demás, y claro es que yo no comprendo entre los artistas á los artífices ó artesanos que se ocupan de las artes mecánicas, aunque hoy día la jerga moderna ó la jerga democrática llama artistas á los sastres, zapateros, barberos, caldereros, etcétera.... no; yo sólo llamo artes á la poesía (la primera), la música y la pintura, y las diversas ramas ó artes que se derivan de éstas y tienen íntima relación con las mismas, y artistas á los que las saben sentir y expresar.

Todos sentimos la emoción estética; mas algunos, muchos, la tienen casi apagada ó muerta, y otros, muy pocos, la sienten muchísimo, y éstos, y sólo éstos, son los artistas, los poetas. En todos tiempos han oficiado de poetas muchos que no lo eran; pero ahora es ya una plaga la que tenemos de autores dramáticos, cómicos, líricos, burlescos; es inmenso el número de gaceticillos, críticos, cronistas ó croniqueros, revisteros, novelistas al por menor, cuentistas, instantáneos é instantaneístas, etc., etc. Un naturalista se verá muy apurado para poder clasificar todos estos seres y marcar el grado que ocupan en la escala zoológica, y, sin embargo, fuera de pocos, poquitos, que aún nos quedan que son poetas, y no nombro, por no ofender, á los demás, la inmensa mayoría son una desdicha, una calamidad; mas ellos se dan mutuamente tales alabanzas y bombos en las críticas y gaceticillos, y tantas palmadas en los teatros, que mucha parte del público, que ni siente apenas la emoción estética, ni juzga por sí, sino por lo que oye á los otros, cree realmente que es cosa buena, y come gato por liebre. Ni sirve decir que los autores se acomodan al gusto del público, no; el público es el burro de la fábula:

Que si aunque le dan paja come paja,  
También si le dan grano come grano.

Pero los actuales escritores, que no me atrevo á llamar escritores, y menos poetas, no saben hacer otra cosa. Los poetas no los hace el público, ni las recompensas, ni el dinero de los empresarios; los poetas los hace Dios, los poetas nacen poetas, como los ruisñores nacen ruisñores; ¿ni qué otra cosa son los poetas sino ruisñores que Dios envía al mundo? Pero ¿qué tendría de poeta cierto gaceticillo, crítico ó cronista, que decía: *el trasnochado romanticismo?* Para este infeliz todo lo antiguo es trasnochado, y por tanto serán trasnochados Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, el Salmo Miserere de David y otras mil bellezas de la Biblia (y no me refiero á su aspecto religioso, sino al poético), los Evangelios (bajo el mismo aspecto), nuestros poetas de los siglos XVI y XVII y los de la primera mitad del siglo XIX. Compárense los poetas románticos Zorrilla, Espronceda, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Gil y Zárate, Díaz, Florentino Sanz y otros muchos buenísimos, y los cómicos de entonces, Bretón de los Herreros, Rodríguez Rubí, Ventura de la Vega, y los posteriores Ayala, Serra, Tamayo, compárense con los actuales.

En primer lugar, ahora no escriben en verso, y la poesía lírica, la dramática y cómica requieren el verso. ¿Por qué no escriben en verso? Porque no saben, porque no tienen aliento ni inspiración para ello; en una palabra: porque no son poetas, y nos encajan sus comedias en prosa, y son prosaicas además; y á eso llaman algunos naturalismo, y tesis ó tisis y proceso psicológico, y figuras ó tipos de carne y hueso (en efecto, sólo deben tener carne y hueso, pero no inspiración ni sentimiento), y otras mil simplezas; y si no compare cualquiera que sienta, aunque sea poco, la emoción estética, compare *El Zapatero y el Rey, El puñal del godo, Sancho García, Don Juan Tenorio, Los Amantes de Teruel, El Trovador, Carlos II el Hechizado, El hombre de mundo, El poeta y la beneficiada, Marcela ó cuál de los tres, A Madrid me vuelvo, El arte de hacer fortuna, Borrascas del corazón, El tanto por ciento, Sin prueba plena*, y tantas y tantas tan buenas y aun mejores; compárense con el prosaismo actual, con las tan ensalzadas *Dolores, Juan José, Electra, La gran vía, Los galeotes, El patio, La alegría de la huerta, El Rey de Lydia, El iambor mayor* y tantas y tantas tan prosaicas, todas en prosa (sus autores no pueden con el verso) y tan malas y aun peores, que las citadas. En resumen: si el modernismo es, como yo creo, lo que escriben hoy día los que ofician de poetas y literatos sin serlo, que así son casi todos los escritores actuales, ni significa nada como escuela, y si lo fuera sería una escuela malísima, ni significa nada dentro del arte, porque el arte es la expresión de la belleza, y ahora la belleza no se la ve por ninguna parte. Prueba al canto: los actuales escritores modernistas usan palabras rimbombantes, dición tan enmarañada y laberíntica y rodeos tales, para expresar el más sencillo concepto, que el mismísimo Góngora, con su gongorismo (y empleamos tantos ismos por estar de moda), se quedaría asombrado; nos recuerdan al gato del fabulista Iriarte:

Que hablaba en un estilo tan enfático  
como el más estirado catedrático.

Yo he leído de escritores modernistas que han querido hablar del campo, y dicen bellezas de este jaez: que las alondras (no debía saber el autor qué eran alondras) se posaban en los árboles del retiro; que las grullas pasan el día de las Candelas (las grullas no vuelven de su emigración hasta Marzo), y, lo que es más asombroso, se meten entre los trigos (que no han nacido todavía) donde crían y asoman sus cabezas. Pero sobre todo lo modernista que yo he leído me encantan los siguientes versos:

Canta la cigarra  
entre los racimos de *ampollas cobrizas*  
de la sarmentosa polvorienta parra.

¡Dios mío! ¡qué comparación tan bella llamar á las uvas *ampollas!* ¿si serán las que levanta una quemadura? y *cobrizas* por añadidura.

Pues aun me encanta más la siguiente estrofa:

Sus elefantinas y verdes orejas  
el plátano inclina.

¡Pobre plátano! te dan orejas (palabra enfónica, música y significativa, como diría Don Quijote) y elefantinas además, que son preciosas, pues parecen rodillas sucias; ¡pobre árbol! ya que te hacen orejudo (bella comparación), debieran darte más bonitas orejas; ¿cómo serán las del autor de estos versos, que encuentra tan bellas armonías?

Si este es, como creo, el modernismo, y estos los autores modernistas, Dios tenga misericordia de nuestra lengua castellana y no permita que formen escuela ni signifique nada en el arte en general, y en la literatura en particular.

Dios nos libre de modernismo y modernistas por siempre jamás amén.

SILVERIO M. DE AZAGRA.

<sup>1</sup> Escrito este artículo á mediados del siglo pasado, lo reproducimos con mucho gusto, por ser casi desconocido.